

LARRA Y SU CRITICA LITERARIA*

Juan Jacobo de Lara



MARIANO JOSE DE LARRA ha sido considerado como el primer crítico moderno de España. En vez del criticismo moralizador y amonestador de los siglos diecisiete y dieciocho, surgió en Larra y su grupo de contemporáneos un nuevo punto de vista, un estilo de crítica ideológica más bien que moralizadora. Estos “modernos” racionalizaban y estudiaban las costumbres del día. Su preocupación con las costumbres literarias de la época se unió a su comprensión del temperamento español en un marcado esfuerzo por identificarse con la escena literaria del resto de Europa, pero con un valor netamente español y no influido por valores ajenos. Dijo Larra entonces: “La literatura es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada o escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso” de un pueblo.

Tan prominentemente representativo de su época y circunstancias fue Larra, que se le considera hoy como figura prominente en cada uno de los movimientos literarios de su tiempo, juicio que es principalmente significativo si se

considera lo brevísimo de su carrera. Al hablarse del romanticismo, llámasele “el primer romántico” y, al tratarse del costumbrismo que floreció entonces, llámasele “el padre del costumbrismo” y, en el campo del periodismo, se le ha considerado igualmente excelente como crítico teatral, literario, político y de costumbres. Su estilo fue unas veces “serio” pero por lo general satírico y deliciosamente entretenido; en un caso o en otro, sus artículos contenían verdad y realismo que al mismo tiempo interesaban y divertían al público y, en su conjunto, nos revelan la superioridad de Larra como escritor.

Mariano José de Larra nació en Madrid en 1809 y parte de sus estudios los cursó en Francia. Estos datos por sí solos indican un sinnúmero de circunstancias e influencias que se deben tomar en cuenta al estudiar a Larra, tanto como los más “sensacionales” de su corta, pero intensa carrera, que terminó en suicidio en 1837.

A los diecinueve años de edad publicó Larra, por cuenta propia, un periodicucho que llamó *El Duende Satírico del Día*. Con el título del periódico y, sobre todo, con el uso de seudónimos tan en boga entonces, señalaba el autor su “posición” como observador y crítico. Además de *El Duende* y “el Pobrecito Hablador” y otros, usó varios nombres propios ficticios. Con el que se inmortalizó, sin embargo, fue el de “Fígaro” que ha venido a ser un sustituto de su propio nombre.

En el segundo cuaderno de *El Duende*, en marzo de 1828, ya publicó Larra su primera crítica importante y reveladora de sus brillantes dotes literarias. En ese primer brote crítico-literario, aunque admirable y casi genial, estaba el autor aún bajo la influencia intransigente del clasicismo y los preceptos del siglo dieciocho. A pesar de sus flechazos satíricos a París y los franceses, no se había sacudido todavía de sus antecedentes neoclásico-didácticos. Como dijo él mismo años más tarde, en una de sus críticas:

Nada hay más natural en los principios de cualquier carrera que el

no atreverse a volar el discípulo por sí solo; únicamente la reflexión, la confianza y el tiempo van dando a cada uno un aire peculiar suyo y la facilidad de crear, según su propia inspiración... (*Revista Española*, número de abril 23, 1833).

En su obra literaria de los primeros años de su carrera, le falta a Larra madurez de criterio y de expresión, que alcanzó luego con “la reflexión, la confianza y el tiempo” y, además, debemos tomar en cuenta que su temperamento apasionado y la versatilidad de sus preocupaciones hacían bien difícil el lograr un estilo “nuevo” como él quería, y como logró luego. Los artículos y críticas de *El Duende* son la obra de un jovencuelo impulsivo con más entusiasmo y genio que autoridad. Dice Rafael Lapesa en su *Historia de la Lengua Española*: (1)

Precisamente la mediocridad de Larra como estilista se debe en gran parte al conflicto entre la formación que había recibido y el deseo de modernidad; no quiso obedecer por completo al neoclasicismo, pero tampoco acertó a crear un arte nuevo. De ahí el contraste entre la idea penetrante, intencionada, y la expresión, árida unas veces, ampulosa otras.

Pero el mismo Lapesa cita lo que decía Larra, que “las lenguas siguen la marcha de los progresos y las ideas; pensar fijarlas en un punto dado a fuerza de escribir castizo, es intentar imposibles”, lo que revela uno de los argumentos de Larra durante el proceso formativo de su estilo propio, si bien dentro del estilo libre y festivo de la nueva era.

La crítica literaria en sí, como la conocemos hoy, había nacido en el siglo dieciocho como resultado del afán de aprender, de investigación y como una necesidad de justificar la literatura —ya que los humanistas condenaban la literatura que no enseñase algo en el sentido didáctico. En su artículo “Literatura” que apareció en *El Español*, el 18 de enero de 1836, se expresó Larra en los siguientes términos:

El espíritu de análisis, *disecador*, digámoslo así, y el espíritu

filosófico francés hicieron sentir su influencia en nuestra regeneración literaria. Los agentes de ella, queriendo, con todo, creerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio *la expresión*; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales.

Pero volviendo a su tema de que “la literatura es la expresión del progreso de un pueblo” advierte Larra que:

Lo más que pueden los puristas exigir es que, al adoptar voces y giros y frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible al tipo, a la índole, a las fuentes, a las analogías de la lengua.

La escuela neoclásica dominó el horizonte literario del siglo dieciocho y hasta los principios del diecinueve y comienzos del romanticismo. El concepto de la *ética* se discutía mucho en el siglo de las luces, y había marcada preocupación por la pedantería, en nombre del buen gusto.

Paralelamente con el clasicismo del siglo dieciocho, sin embargo, surgieron un teatro y una literatura populares en España que se manifestaron como plebeyismo primero, pero que a fines de siglo habíanse ya convertido en el teatro de género chico, el sainete, y la sátira literaria. La sátira progresa en épocas de polémicas, y en el siglo dieciocho surgieron muchas polémicas y preponderó la sátira. La mayoría de las figuras literarias del siglo fueron víctimas de sátiras personales, y muchos descendían a la pedantería y el mal gusto. A este respecto podemos citar del artículo de Larra “La Satírico-Manía”, que publicó en la Revista Española el 15 de marzo de 1833:

Reconozcamos, pues, a una voz, que el inconveniente de la sátira (es) la dificultad que le es inherente para manejarla, dirigirla y no hacer de ella un arma alevosa que, en lugar de campear por la virtud, emponzoñe más y más sus tiros delicados.

Algunos años más tarde, publicó Larra otro artículo, “De

la sátira y de los Satíricos”, en *El Español* del 2 de marzo de 1836, del cual citaremos lo siguiente:

Como el que censura las acciones y opiniones de los demás es el que naturalmente debe encontrar más dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir a su clara vista, el arte no menos importante de decir...

Y refiriéndose a su propia época, continúa así:

Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no sólo permitidas, sino lícitas, llegan a ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razón por la cual el satírico debe comprender perfectamente el espíritu del siglo a que pertenece...

Y Larra comprendió el espíritu de su siglo y lo interpretó como un escalón en la marcha progresiva de la sociedad en que vivía. Expresó su concepto muy claramente, en el artículo a que nos venimos refiriendo:

Pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, o mejor dicho, nunca mueren sino aparentemente; marchan constantemente a un fin... sus muertes aparentes no son sino crisis... son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura y pasar a la existencia inmediata.

Y en su propio esfuerzo por sacudir su “anterior” envoltura, dieciochesca, decía:

Esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que componemos, toda de *verdad*... sin más regla que esa *verdad* misma... enseñando *verdades* a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es... (2)

Y si lo anterior parece el grito de protesta de toda y cada generación, es porque cada “generación nueva” busca la

verdad y de aquí que surjan los *-ismos*, que siempre parecen ser algo *nuevo* pero en realidad son las crisis de la misma crisálida, la sociedad en que vivimos, al cambiar de vestidura para la nueva etapa de su marcha progresiva.

En busca de la *verdad*, cada generación descubre un arte *nuevo*. Larra llevó a la mayor perfección el costumbrismo, que se venía desarrollando durante el siglo anterior, y con su “nueva era” formó parte también del romanticismo. En su persona y temperamento, Larra fue enteramente romántico, es decir, enteramente *moderno*. Tan moderno y de su siglo, que siguió la corriente imperante y que transformó luego el romanticismo en nacionalismo.

Dentro de ese nacionalismo romántico, una de las preocupaciones de Larra era “el caso de España” y fue él quien primero percibió el golfo que separaba la España del siglo diecinueve del resto de Europa, y aunque admitía “que la cuestión del género clásico y del romántico no puede ser nunca absoluta, sino relativa a las exigencias de cada pueblo” y “que no siendo la literatura sino la expresión de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo país indistintamente” comprendía la necesidad de una literatura española que formara parte integrante de una literatura europea.

En una de sus críticas, sin embargo, explica Larra las circunstancias que impiden en España el desarrollo de una literatura propia y al mismo tiempo europea.

Hay en ella (en España) tres pueblos distintos: 1) una multitud indiferente a todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria; 2) una clase media que se ilustra lentamente, que empieza a tener necesidades... y que quiere reformas; 3) y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada o deslumbrada en el extranjero, víctima o hija de las emigraciones, que se cree ella sola la España. (*El Español*, 23 de junio 1836).

Y en una sociedad tan mal organizada se necesita un ideal común a todos, a todas las clases, y tal es el

nacionalismo que adoptó, para mayor éxito, el espíritu romántico del momento.

El romanticismo, del cual el costumbrismo formó parte, se sirvió del periodismo como medio de comunicación con el público y así logró influir en todas las clases sociales. El periodismo, un arte nuevo, se convirtió en el vehículo popular de la literatura moderna. Esa misma popularidad convirtió el periodismo en un vehículo importante de la opinión pública, y por ende, un medio poderoso para la crítica.

Dice su prologuista Lomba y Pedraja, que Larra “es un periodista ante todo. A base de un literato, ciertamente, mas con el gusto y además con el pie forzado de la actualidad periodística.” Sus críticas de la sociedad, la literatura y la política de su tiempo alcanzaron un éxito rotundo e imperecedero. Su entusiasmo, su talento y su don satírico contribuyeron a tal éxito. Le favoreció el carácter pintoresco, de un sabor picaresco, que ha sido siempre tan popular en España, y que caracterizaron sus “Cuadros de Costumbres” y sus “Críticas Satíricas” y que se percibe hasta en sus artículos más serios.

El escritor del clasicismo escribió para una minoría selecta, pero Larra y sus contemporáneos escribían para “el público en general” y su éxito y popularidad correspondían al éxito y popularidad del “periódico” en que escribían. Dentro de ese nuevo tipo literario, y basándonos en sus artículos, podemos considerar a Larra como el más grande crítico, en prosa y en sátira, del mundo hispánico de su siglo.

*Ref. y citas en este ensayo:

LARRA, *Artículos de Crítica Literaria y Artística*, (Clásicos Castellanos, 52) Madrid, Espasa-Calpe, 1950, Prólogo y Notas de José R. Lomba y Pedraja.

(1) Segunda edición, 1950, p. 268.

(2) “Literatura”; en *El Español*, 18 enero 1936.